

es de carácter, también general, pero vivencial.

La primera finalidad cubierta por el método geográfico, da al estudiante un sentido realista, indispensable para llenar los requerimientos propios del estudio científico. Esto no quiere decir, con todo, que este sentido realista no sea igualmente útil en el diario discurrir vital, ni tampoco significa que el método geográfico haya de ponerse en pugna con la imaginación ya que, al fin y al cabo, la imaginación misma no podría existir ni subsistir sin el apoyo de la realidad; no podría estructurarse sin los materiales que esa misma realidad le proporciona para sus elaboraciones. O sea, que desde el ángulo ceseológico o vocacional, el método geográfico puede resultar igualmente útil para las ciencias y para el arte

Contemplado desde el ángulo vivencial, el método geográfico cuya iniciación temprana propugnan los autores, rinde servicios a la socialización del niño, finalidad última de todo proceso educativo, y rinde ese servicio por la forma en que el estudio de la geografía física y de la geografía humana de la región en que habita, descubre al escolar la vinculación que existe entre él mismo y la sociedad que habita esa misma localidad, y, más tarde, la forma en que esa localidad y esa sociedad a las que pertenece, dependen de otras agrupaciones humanas de mayor amplitud que la que se da inmediatamente a su contemplación.

El libro que —dicho sea de paso— goza de la sobresaliente cualidad de la agilidad estilística, señala técnicas especiales, mediante las cuales el estudio y la pesquisa geográficas del alumno pueden ponerse en función del desarrollo de las tendencias societarias del niño, con lo cual se contribuye a realizar la más alta de las funciones educativas: aquella que al integrarlo en el cuerpo social, impide

los trastornos consiguientes a un desajuste entre el individuo y su sociedad.

En suma: una obra de importancia para el pedagogo; un trabajo de gran interés para el sociólogo.

SORRE, MAXIMILIAM: *Rencontres de la Géographie et de la Sociologie*. Petite Bibliothèque Sociologique Internationale sous la direction d'Armand Cuvillier. Série A: Auteurs Contemporains. Librairie Marcel Rivière et Cie. Paris, 1957, pp. 216.

Un tema particularmente atrayente para quien, en una forma o en otra, ha tenido que plantearse alguna vez los problemas sociológicos ligados a esos dos ambientes —el ambiente rural y el ambiente urbano— que no pueden menos que solicitar una colaboración con el geógrafo, un trabajo conjunto de especialistas de la geografía y de la sociología que probablemente fuera el único capaz de precisar —por ejemplo— el concepto de región, indispensable a ambas disciplinas, y del que puede preverse derivarían incontables consecuencias, principalmente en el orden político tanto interno como internacional. A más de esto, un tema abordado por un verdadero maestro —maestro en la geografía y maestro en la sociología—, nutrido en la gran tradición geográfica francesa de Vidal de La Blanche, informado e identificado con la gran tradición sociológica —también francesa— de Emile Durkheim.

Nace la preocupación geográfica entre poblaciones que en el curso de un año se desplazan en un área determinada. Hay por entonces algo como un sentido innato de orientación bajo el cual puede descubrirse una progresiva afinación de los sentidos, resultado de una observación

atenta y constante. Humilde principio de la geografía ese conocimiento empírico de un área, logrado a base de aportes individuales que se transmiten en el interior del grupo, que de generación en generación pasan por tradición oral y que se incorporan a la conciencia del grupo, convirtiéndose el espacio así definido en un *espacio social*, un espacio que forma parte de las representaciones colectivas del grupo y un espacio que es captado al través de esas mismas representaciones. Conocimiento empírico, utilitario, en el que, como en toda la vida del primitivo, lo sobrenatural está íntimamente mezclado con lo natural que impregna. Con los griegos aparece una concepción racional del universo terrestre, “pueblo de marinos y mercaderes que viaja en torno del mar interior y hacia las riberas del Ponto, ha recogido toda la ciencia de las civilizaciones orientales, todos los conocimientos matemáticos de Oriente, la herencia de dos milenios y medio de observaciones” (19). El Renacimiento de la ciencia antigua y los grandes descubrimientos favorecen el desarrollo del espíritu geográfico en cuanto aportan la metodología (una metodología que opone en veces a cosmógrafos y a geógrafos descriptivos) y la materia; la imagen de la Tierra se incorpora al patrimonio mental y, con ella, la de una diversidad de los modos de existencia que se asocian pronto a la diversidad del medio físico, aún cuando el cristianismo se preocupe por sostener la unidad fundamental de la especie humana. En el siglo XVIII, el interés por las costumbres de otros pueblos, los viajes (de Cook, de la Pérouse) permiten recoger materiales que interesan tanto al geógrafo como al sociólogo: época dominada por las figuras de Humboldt y de Ritter, el primero ligado a la tradición enciclopedista es un naturalista; el segundo, un filósofo. En el XIX, son Ratzel y Vidal de La Blanche quienes

dominan el escenario; alemán el uno, francés el otro y, como diversos por el origen y la formación, opuestos doctrinariamente: determinista el uno, posibilista el otro: la actividad humana, para uno, obedece a leyes que le son impuestas por el espacio y la situación, en tanto el otro señala que todo lo humano se encuentra marcado de contingencia; en tanto su escuela, al presentar una región se ocupa tanto de las relaciones racionales como de las manifestaciones expresivas. En nuestra época, el sentido geográfico penetra en las masas con la revolución tecnológica y de los medios de transporte, y nos enfrenta a una modificación de las categorías de espacio y tiempo (modificación a la que desde otro ángulo contribuye la revolución propiamente científica) y a la aparición de una conciencia de interdependencia y, eventualmente, de solidaridad entre todos los grupos humanos. No diríamos con Sorre que, como un hecho actual “la unidad terrestre se convierte en una realidad en la conciencia de todos los hombres”, pero sí que están puestas las bases para que esto ocurra.

La captación global, en cada sitio, de un conjunto de rasgos naturales y humanos (¿no era la primera prescripción metodológica de Lebet para los encuestadores?) permite al geógrafo aprehender la individualidad de lo observado, su originalidad fisiognómica, aquello que lo convierte en paisaje (*Landschaft, landscape, Paysage, paesaggio*) o, mejor aún —para no correr el riesgo de que la carga acentual gravite sólo sobre lo físico— en *paisaje-paisanaje*, en esa unidad dual, plena de vitalidad, que nos enseñaron a contemplar en sus visiones de España nuestros clásicos de la generación del 98. Aprehensión sintética que debe ir subseguida del análisis, pero de la que no se puede prescindir, como no se puede prescindir de ella en cuanto se trata de

constituir una tipología de paisajes, y, al través de la determinación de una familia de ellos llegar a la concepción de lo que constituye una región, aún cuando haya tentativas analíticas de determinación regional, pero las cuales, como reconoce Sorre "si ponen en juego mayor espíritu geométrico que espíritu de sutileza no parecen dispensar del recurso a la intuición, en el que se reconoce un geógrafo"... (34) y también un sociólogo, añadiremos por nuestra parte.

Conforme se avanza en las páginas de Sorre nos percatamos de que, como en el caso anterior, preocupaciones de actitud metodológica hay en el geógrafo, de las que podría correr traslado hacia su campo el sociólogo porque si la multiplicidad de manifestaciones de la actividad humana (tercera de las categorías de hechos que preocupan al geógrafo: físicos, biológicos, humanos) ha llevado a constituir geografías especiales como si se tratara de disciplinas autónomas y frente a ello afirma que "no podría alinearse con este modo de ver que es la negación misma de la unidad de la naturaleza humana" (35) no encontramos en ello un eco de las protestas que se elevan justificadamente en el terreno sociológico en cuanto se tratan de constituir sociologías especiales, que no sean meras ramificaciones del tronco sociológico en las que el estudio de un aspecto particular de la actividad humana implica el de todos los demás, aún cuando el elegido se constituya en el centro de la más vigilante, de la más intensa, de la más reconcentrada atención? ¡Y ¿no debería evocarse, con base en otro pasaje —"la descripción regional es imposible si no se apela a los datos de la geografía general"— una protesta que se produce mucho menos en territorio nuestro y que señalaría que ninguna descripción de una sociedad es posible sin hacer llamado a los datos no sólo de la sociología gene-

ral sino incluso de la antropología filosófica, tratando de devolver con ello a la ciencia fundada por Comte lo que en tiempo oportuno le quitó, pero que en tiempo oportuno no ha llegado a devolverle la escuela de Durkheim?...

Durkheim, al referirse a la sociedad, hablaba de un substrato social, cuyo estudio correspondería a la sociología y que se definiría por su forma exterior y por su contenido; por su tamaño, su situación y sus fronteras; por su población, su distribución territorial, su modo de utilización del suelo. Substrato social no confundible con el análisis explicativo de la vida social que se desarrolla sobre esa base (morfología social a la que unió indisolublemente con su nombre Halbwachs, y fisiología social). Y las palabras de Sorre frente a esta asunción de postura que ha suscitado tantas polémicas y acusaciones de imperialismo sociológico por parte de los geógrafos, son sabias y mesuradas, dignas de ser citadas in extenso: "Me siento apegado al principio general de unicidad de las ciencias humanas, en cuanto expresa la unidad del hombre indivisible y completo en cada uno de sus actos, pero pienso que esta unicidad no excluye una pluralidad de puntos de vista que permite conocer de las cosas completamente. Cada uno de ellos implica una síntesis orientada" (51), a lo que agrega, partiendo de una ejemplificación, "la naturaleza del vínculo familiar y su fuerza, en el interior de la gran sociedad global es el sociólogo quien debe definir las y medirlas, pero, cuando repercuten sobre formas de la economía y sobre el habitat, a la luz de los resultados obtenidos por el sociólogo, el geógrafo se apodera de ellas. Y su acción, el sociólogo a su vez, volverá a tomarla en su mano cuando quiera describir completamente las formas del substrato. En realidad en lo que de buena gana llamaría yo la zona de nuestras

disciplinas, nos encontramos y nos ayudamos los unos a los otros" (52).

En la descripción de las estructuras sociales y en el estudio de los paisajes regionales, sociólogos y geógrafos encuentran las nociones antagonistas de movilidad y permanencia, esa movilidad demasiado evidente, esa permanencia que sólo un estudio atento al través de los tiempos —que pone de relieve la persistencia de rasgos e instituciones durante siglos y aún milenios— pone de manifiesto. Y desfilan gracias a la pluma de Sorre: esas antiguas sociedades agrícolas de Europa occidental reconstruidas tras cataclismos en el mismo sitio no obstante la amenaza que se cernía sobre ellas; aquellos sitios en los que la continuidad de la habitación humana testimonia la existencia y es símbolo de duración de una civilización; esas sociedades chinas inmóviles hasta dar la apariencia de estar cristalizadas para siempre; esas "tierras de antigua cultura, tan humanizadas, que el viento levanta ahí, mezcladas al polvo, las cenizas de generaciones" (58).

Permanencia, apego a la tierra, que no pueden explicarse al través de un rígido determinismo, sino en forma creciente mediante un llamado a la libertad creadora del hombre y ocasionalmente incluso a su capacidad de ir a contrapelo de la realidad, porque, en el mundo agrícola, incluso durante la servidumbre medioeval, los siervos liberados volvían al punto de partida a buscar los antiguos vínculos sociales; porque el hombre se liga a la tierra —libre o esclavo— al través del acto creador que es el acto agrícola por el cual, de entre las posibilidades que le ofrece el medio, elige algunas para crear verdaderas asociaciones vegetales que le dan un dominio creciente 'sobre el medio, que 'convierte a la tierra en receptáculo de energía social acumulada durante generaciones,

que le otorga carácter sagrado, que hace que en muchas sociedades no se atribuya un carácter definitivo a la venta del terreno... observaciones que se completan con la existencia de los llamados "géneros de vida incompletos, en que no hay equilibrio entre el grado de saturación demográfica y los recursos del terreno; en los que se constata que la estabilidad y la permanencia de los establecimientos agrícolas puestos incesantemente en peligro por la expansión demográfica se mantiene gracias a actividades complementarias no agrícolas —generalmente artesanales— o por el mantenimiento de una movilidad regulada frente al exceso de población. Tendencias antagonistas que aparecen como complementarias" (76). En el caso de la ciudad, su permanencia tiene que recurrir, para explicarse, a la conciencia colectiva, al espíritu municipal, al hecho de ser, como lo señalaba Robert Ezra Park, un estado de espíritu sobre todo hasta el punto de sentir el geógrafo que un paisaje —urbano o rural— tiene raíces distintas de las que puede representar la permanencia de sus elementos materiales, raíces que corresponde al sociólogo poner de manifiesto mediante el análisis estructural y funcional de la comunidad correspondiente, mediante un estudio de su historia —mejor aún, diríamos, de nuevo con nuestros clásicos del 98— de su intra-historia.

Encuentros entre la Geografía y la Sociología que tienen que alcanzar una importancia extraordinaria en cuanto —como se hace en los capítulos III y IV— se trata de la noción de espacio (el espacio geográfico y el espacio social) y se indica que "las refracciones de la noción de espacio en el espíritu del geógrafo y del sociólogo hacen derivar su interés del hecho de que el espacio es uno de los elementos de la definición del medio" (114), de ese medio que se reconoce como cuanto es exterior a los hombres, como la tota-

lidad de las condiciones en que éstos ejercen sus actividades y que, dentro del estudio ecológico desembocan en toda una serie de interrogantes tan premiosas para el geógrafo como para el sociólogo, en cuanto se trata de “¿cómo conviene definir los medios, el medio global y sus elementos, medio físico, medio viviente, medio social? ¿Cómo conviene definir los grupos y con qué criterios de homogeneidad? ¿Cómo y en qué medida los individuos y los grupos son capaces de adaptarse al medio y cuáles son las relaciones de la autoecología con la sinecología? ¿Cómo reacciona el grupo sobre el medio y lo crea? ¿Cómo conviene, finalmente, conducir esta amplia investigación acerca de las relaciones entre seres vivientes y medios: comenzando por la definición del medio con la tentación de deducir de ella la de grupo, o bien describiendo científicamente al grupo para volver a colocar en seguida las influencias mesológicas entre los medios de explicación?” (150). Otras tantas incitaciones para el investigador, como son asimismo estímulos para el mismo, esos pocos casos particulares referentes a la aplicación del geógrafo y del sociólogo al estudio de las actividades religiosas, de las actividades políticas electorales, al de la vida urbana, que ocupan las páginas de este libro, por cuyas páginas corren aguas juveniles por los cauces labrados en roca firme por una filiación académica, una madurez en la meditación, una experiencia notables.

GUERREIRO RAMOS, A.: *Condições Sociais do Poder Nacional*. Ministerio de Educação e Cultura. Instituto Superior de Estudos Brasileiros. Rio de Janeiro, 1957, pp. 40.

Quizás sea Alberto Guerreiro Ramos uno de los sociólogos que mejor hayan comprendido cuál es el papel —doble—

que debe coresponderle al estudioso de las ciencias sociales en nuestros países latinoamericanos, los cuales —en cuanto no son tan viejos y cargados de tradición como los de Europa para cuyas estructuras cualquier cambio resulta amenazador, ni tan jóvenes como los del Africa emergente a los que la falta de una tradición les presenta todo como asequible— necesitan percatarse de los datos que, para el correcto planteamiento de su problemática, les proporciona una tradición que, si no propia en el origen, ha llegado a ser suya, por lo menos en cuanto a trasfondo; necesitan percibir que ni deberán ni podrán constituirse a sí mismos sobre un vacío más o menos artificioso, pero, asimismo, que en su pasado no existen estructuras que los determinen tan rígidamente como a las sociedades europeas, cuyo campo de elección se restringe haciendo cierto, con respecto a las mismas, el que, en muchos aspectos, más que los vivos, los muertos mandan. En efecto, esto significa que el estudioso de cada una de las sociedades latinoamericanas necesita, con base en la historia y en el examen de sus situaciones presentes, mostrar los ejes principales de su desarrollo social, pero, asimismo, implica que quien se preocupe por y se ocupe seriamente con los problemas de las sociedades latinoamericanas —sin molestarse más de lo necesario por la definición académica o extra-académica de su labor—, una vez salido de su función teorizante o inquisitiva (que lo uno lleva a lo otro y viceversa) de las realidades sociales, se oriente en un sentido doctrinario y, en último término, incluso político, para lograr que sus connacionales hagan —y hagan conscientemente— “la opción radical que se impone con respecto al destino de su comunidad”.

Guerreiro Ramos ha sido, efectivamente, erudito e investigador social, pero pronto se ha dado cuenta de que, en cuanto in-